

# DIA DE LA RAZA

Por JOSE R. TEOTICO

*Representante y Académico de la Real Academia  
Hispano-Americana de Ciencias y Artes*

El 12 de octubre brinda ocasión propicia para exteriorizar nuestra gratitud, nuestras simpatías, nuestro amor a España, porque es una efeméride que rememora en los días actuales el portentoso milagro de un pueblo, en cuyos dominios, un tiempo, no llego jamás a ponerse el sol. "Fiesta de la Raza" se le ha llamado; mas, no obstante lo ceñido del calificativo, el 12 de octubre no es una fiesta exclusiva de la raza ibérica ni de las naciones que brotaron directamente de las entrañas ubérrimas de España. Es una fiesta que también nos alcanza, porque no solo simboliza la unidad de la raza hispana, sino que también consagra el nacimiento a la vida de un mundo nuevo, mundo que, como el nuestro, fué promovido a mejores y más altos designios por las audaces carabelas de aquellos insignes navegantes que, bajo la égida de los Reyes Católicos y de Felipe II, surcaron los mares para llevar la luz de su civilización, el ardor de su fe y el encanto de su habla a regiones remotísimas del planeta.

Una singular característica descuella en estas fiestas del 12 de octubre, y es: mas que por imperio de los gobiernos, por deseo innato de los pueblos que fueron avivados por el noble y altivo espíritu español, todos se agrupan alrededor de la Vieja Madre, para que una vez al año, como en las antiguas tradiciones nuestras, celebren jubilosos la mas gigante de las epopeyas aventureras de aquella época pentasecular en que, gracias al arrojado de un puñado de hombres, se transformaron totalmente los destinos del mundo.

Lo único lamentable de todo esto, es que el filipino que comenta con júbilo esas fiestas de la emancipación y la libertad, lo hace aun con

el resquemor que le produce su condición de integrante de un pueblo aun no manumitido. Los países americanos, siguiendo el curso natural de los acontecimientos, se han emancipado políticamente del núcleo primero "que les dio solar y linaje", y en este día solemne del 12 de octubre todos esos millones de seres que se hallan entregados al trabajo en las tierras libres de América, tornan la mirada a la clásica España, como si el hábito redentor que caldeó su existencia llegase hasta ellos arrastrando consigo toda la dulce y grata evocación de la Madre lejana. ¡Dulce y grato es, después de todo, saber que aquella Madre que les dio vida con riesgo de la suya propia, lo hizo, no para esclavizarles sino para manumitirles!

Filipinas sigue aherrojada todavía. En nuestro suelo no fué menos intensa ni fecunda la obra de España. La enseña gualda y roja que flameo bajo cielos distantes y con la cual se tejieron las enseñanzas de tantas naciones que hoy se encuentran desposadas con la libertad en las fértiles llanuras americanas, ondeó, asimismo, aquí, con tanta fulgencia como allá, haciendo florecer bajo su sombra nuestras seculares tradiciones. He aquí, porque el filipino que siente vivas ansias de libertad no puede cerrar su alma al regocijo que trae el 12 de octubre, fecha en que se conmemora la apertura al progreso de pueblos ignotos, para labrar, como supieron hacerlo con el caudal brindado por España, su propia nacionalidad y su propia historia.

No debe, pues, infundirnos recelo lo concreto del calificativo. El simbolismo que encierran las fiestas por el 12 de octubre no se cife a una so-

Cuando Felisa cursó estudios superiores y la llevaron a Manila para internarse en un colegio de monjas, Julián también vino a cursar la Medicina y todos los años al terminar los estudios volvían ambos a Sorsogón a pasar las vacaciones.

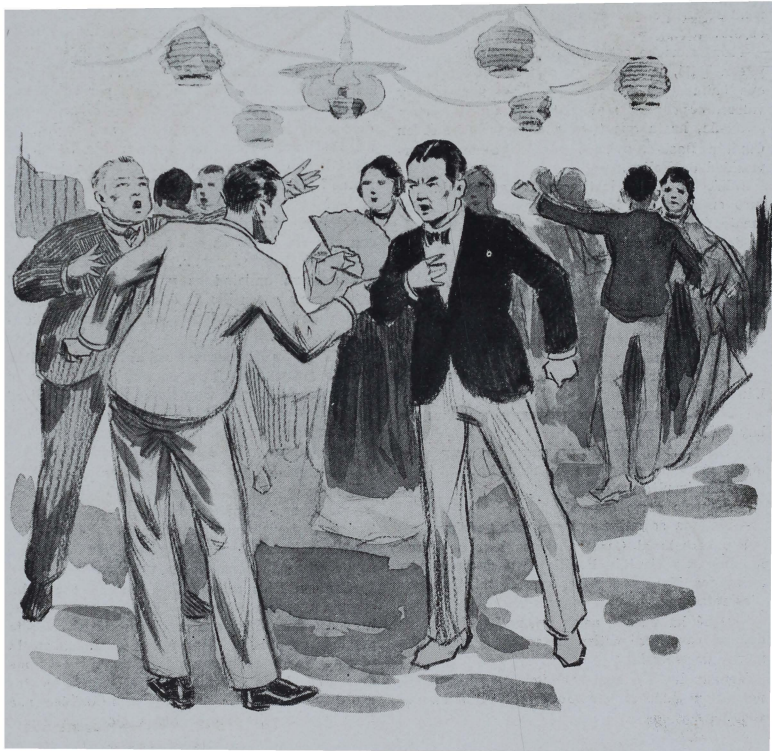
Al fallecer la madre de Felisa, su papá Capitán Basilio, decidió residir en la Capital y quedó solo el padre de Julián en Sorsogón administrando los bienes.

Julián ya no vivía en la casa de Felisa. Estaba interno y de vez en cuando comía en la casa de sus familiares. Felisa le profesaba un tierno cariño de hermano; pero de ahí no pasaba su afecto. Entretanto Julián se abrasaba de amor por Felisa y no se atrevía a exteriorizarle sus sentimientos, pues sabía que sería rechazado. Además, los favores que debían tanto su padre como él, pues los gastos de su carrera los subvencionaba Capitán Basilio, cerraban el paso a

sus pretensiones y toda expansión amorosa por su parte hubiese podido ser interpretada como una extraña osadía con miras ambiciosas, pues él era pobre y Felisa inmensamente rica.

Así estaban los sucesos hasta que Julián se doctoró y puso, ayudado siempre por la espléndida munificencia de Capitán Basilio, con todo lujo su gabinete de consulta que llegó a ser una de las clínicas más afamadas y concurridas por las familias adineradas y componentes de la aristocracia de la capital. Fué el médico de moda y el único doctor filipino que con su asiduidad y cuidadoso celo consiguió salvar la preciosa vida del Excelentísimo Señor Capitán General Gobernador de las Islas en una habilísima operación quirúrgica que le valió el encubramiento de ser nombrado Doctor de cabecera afecto al Real Palacio de Malacañan.

Julián había llegado a ser un astro de primera magnitud por un golpe tan teatral como inesp-



rado del Destino y se encontró rico y en el cenit de su dicha a los veintiocho años de edad.

Precisamente le presentamos a nuestros lectores cuando Felisa celebraba la fiesta por haber cumplido sus veintiuna primaveras y esta fué la noche elegida por Julián para declararle sus amorosos transportes a la señora de sus pensamientos.

Pero desgraciadamente para Julián el corazón de Felisa dormía en la inconsciencia y el dios niño no había aún llamado a las puertas de su alma. La sacó a bailar en aquel alado vals que hemos descrito al empezar nuestra narración y Felisa le dijo sencillamente que le quería como a un hermano y que no había nacido aún el hombre que tenía que conmover sus vírgenes sentimientos.

Julián no se resignó. Acostumbrado a que todas las voluntades se doblegaran ante él, juró que Felisa había de ser suya no importa que medios tuviese que emplear para conseguir su objeto.

Toda la noche estuvo asediándola. Se empeñó y consiguió, valido de su amistad y confianza, que bailase con él varias polcas, mazurcas y vales, cosa muy mal vista en aquella época gazmoña, hasta que tuvo que llamarle al orden Capitán Basilio, avisado por la palidez y nerviosidad de Felisa.

Julián se sintió lastimado en su dignidad y juró en su fuero interno vengarse despiadadamente de Felisa y de su padre a quienes todo lo debía.

Se retiró mohino a un ángulo del salón y cuando uno de sus rivales, médico también y hombre de talento, le dijo en tono impertinente:—Parece que soplan malos vientos, compañero...

Julián contestó con displicencia:

—Malos vientos para ella y su padre.

—¿Qué quiere significar con eso, doctor Julián?

—Nada. Que quieren pescarme y a mi no hay quien me pesque.

—Compañero, ese es un proceder muy poco digno para un caballero de su talla.

—¿Me insulta usted?

—¡Tómelo como quiera!

—Mañana se entenderá con mis padrinos.

Por respeto al Capitán General se acallaron los ánimos y Capitán Basilio trató de apaciguar a los dos jóvenes doctores que se miraban con ojos retadores.

—¿Qué ha pasado aquí, señores? No quiero que mi casa sea motivo de rencores ni mucho menos de escándalo.

Vengan los dos aquí conmigo al comedor. Tenemos que hablar; ven Julián... ¿Qué ha pasado?

—Nada, Capitán Basilio, contestó Julián; que mi colega el doctor Mercader quiso hacer chacota de mi amistad con Felisa...

—Falso, contestó este. Soy incapaz de jugar ni de manchar con bromas de mal género la limpia reputación de la señorita Felisa. Es usted el que ha dejado oír insinuaciones poco correctas hacia ella y yo he salido en su defensa.

—Yo no he dicho nada incorrecto. Además, ninguno sabe lo que hay entre Felisa y yo...

—¡Alto, Julián! Tú no debes nunca hablar así. Estoy segurísimo de que Felisa no guarda ningún secreto para su padre—atájó con dignidad Capitán Basilio—y al punto mandó llamar a su hija que en aquel momento irrumpía al comedor angustiada y conducida por el brazo amparador de su tío, *cabezan* Serafín.

Felisa se acercó.

—¿Qué secreto mantienes tú con Julián que tú padre no pueda saber honradamente? preguntó Capitán Basilio.

—¡Papa, por Dios! ¿Por qué me tratas así?

—Tu buen nombre, no se porqué anda en entredicho esta noche entre estos... caballeros y hasta se ha concertado un duelo por tu causa.

—¡Julián, por favor! Di tú, si eres un verdadero amigo, más que amigo hermano, cuales son los sentimientos que nos ligan desde la niñez. ¿Qué hemos sido toda la vida más que dos hermanos? ¡Dios mío! Habla, Julián, habla! Por qué callas?

—Porque no debo hablar, respondió Julián con voz ronca de ira concentrada.

—Papá, tío, señores... por Dios Santo juro que nuestra amistad es y ha sido siempre el afecto puro y sencillito de dos hermanos, exclamó Felisa deshecha en llanto arrojándose en brazos de su tío.

—¿Y tú Julián por qué callas? rugió Capitán Basilio ¿puedes tú jurar en nombre de Dios lo contrario de lo que manifiesta mi hija Felisa?

—¡Sí, lo juro! Es todo lo contrario.

—¡Infame! exclamó Capitán Basilio.

—¡Cobarde! gritó Felisa.

—¡Silencio! prorrumpió con entereza *cabezan* Serafín, dejando aterrados a los concurrentes, pues era la primera vez que oían su voz. Todos le escuchaban con silencioso respeto:

—Escuchadme todos jóvenes y viejos. Yo no soy sordomudo como creen ustedes.

¡Gracias Dios mío! Una vez en Sorsogón, cuando apenas contaba mis 20 años de edad, caí en una joven que me despreció y juré sólo por esto vengarme. Una noche, precisamente la víspera de su boda con mi odiado rival yo me descolgué desde su ventana asegurando a todos los jóvenes mis amigos y jurándoles por Dios que aquella mujer había sido mía.